

**Atilio Alberto Verón**

Buenos Aires

Sexto Accésit

Atilio Alberto Verón nació en Buenos Aires. Sus actividades periodísticas se continúan con la narrativa galardonado con premios dentro de los que se destacan: II Premio Nacional de Literatura 1996 de la República Argentina, I Premio Concurso Ciudad de Coria (2001, Cáceres, España), I Premio VIII Concurso Ciudad de Cádiz (2008), I Premio XXXIX Concurso Ciudad de Alcalá de Narrativa (2008) y I Premio Julio Cortázar de la Universidad La Laguna (Tenerife 2009).

## RELATO CON FONDO ADOLESCENTE

Nunca sabré cómo se debería haber contado esto. Ni siquiera estoy seguro de que deba contarlo. Con los años uno va acumulando sensaciones, olores, imágenes de objetos y rostros y los echa a dormir en un rincón de la memoria, como se amontonan diarios viejos en un cuarto. Hasta que un día...

Ahora es ese día, y el relato, que amenaza desbordarme con sus urgencias, deja el resabio ácido de una confesión indecorosa o de un vómito. Pero, asumida ya la decisión, es preciso que empiece de una vez y deje fluir libremente los recuerdos sin preocuparme más que por ser su fiel transmisor. Por otra parte, como se trata de un relato adolescente, casi infantil, no desentonaría comenzarlo al estilo de Juan Ramón Jiménez.

Era muy pequeño, blanquecino y callado...

Nunca llegué a verlo sin el guardapolvo blanco con excepción de esa tarde, años después, cuando el Destino quiso que nos encontráramos en un entorno tramposamente familiar: la universidad.

Longo (aunque parezca prefabricado irónicamente era su verdadero apellido; el nombre nunca me preocupé por averiguarlo) medía apenas un metro veinte y cuando hablaba (tampoco recuerdo haberlo visto reír) dejaba entrever unos dientecitos de tiburón, diminutos y roídos por la ausencia de calcio, como oxidados. Sus cabellos oscuros y delgados, que solía peinar estirados, con raya al costado, acentuaban los rasgos lívidos de su rostro. Aparentaba ser un niño de siete u ocho años y sus dedos, pequeños y arrugados, parecían los de un bebé. Pero tenía catorce y un cierto halo de extraterrestre. Las malas lenguas rumoreaban que era hijo único de un matrimonio de primos hermanos, en edad de ser abuelos antes que padres.

Recuerdo claramente el primer día de clase, cuando apareció en el aula, enmarcado en el vano de la puerta, cargando pesadamente un portafolios, desproporcionado en exceso, y su desconcierto. Al principio lo observamos con cierta ternura confundiéndonlo con un alumno de primaria que se había equivocado de aula. Pero apenas se presentó al celador y se acomodó en el único pupitre libre presentí que su destino en esa escuela estaría fatalmente signado por la crueldad y que nuestro encanto adolescente lo convertiría en el blanco predilecto para las bromas más pesadas y despreciables.

Hace unos meses una cena de ex alumnos fue la excusa para que nos reuniéramos un puñado de sobrevivientes de aquel secundario lejano y romántico hasta la cursilería, a pesar de nuestra inconsciencia, o tal vez por ella misma. La sobremesa nos fue arrimando a la nostalgia. Con la misma ansiedad conque el duende largamente encerrado en la lámpara aguarda la caricia mágica que lo libere, los inevitables recuerdos de nuestra adolescencia pugnaban por corporizarse. A medida que las mesas vecinas comenzaron a despejarse el restaurante se fue sumiendo en un silencio hueco, casi atemporal, donde sólo resonaban nuestras voces, cuidadosamente amortiguadas, como temerosas de que oídos extraños ultrajaran remembranzas, íntima y largamente atesoradas.

Nuestras fisonomías cincuentonas seguían albergando el corazón y la candidez del muchacho que alguna vez fuimos, a pesar de las calvas y las barrigas de diverso calibre y las artrosis y los achaques inevitables de la edad que cada uno, a su manera, trataba de disimular.

Los viejos fantasmas se escurrieron a través de los muros centenarios del Colegio Nacional para sobrevolar la mesa del restaurante de Barracas invitándonos a la evocación de lejanas andanzas. El ambiente enrarecido estimulaba al abrazo, a cuchicheos con el compañero sentado a nuestro lado, a confesiones sin sorpresa y pudorosas súplicas de perdón por antiguas afrentas casi olvidadas. Inmersos en esa laxitud nostálgica no percibimos que habíamos iniciado un viaje a través del tiempo embelesados por la torpe utopía de rescatar emociones remotas, momentos ya idos. El eterno adolescente que dormía en un rincón de nuestros corazones se despertaba para acicatearnos, alentándonos al emprendimiento heroico. Nos dejamos seducir por el intento.

Las escasas imágenes que emergían del ensueño nos llegaban fragmentadas, ajadas, como figuritas viejas. Era como estar en un parque de diversiones y sacar boleto en la máquina del tiempo para un viaje hacia el pasado, subir al simulador y percibir sensaciones que poco a poco iban pareciéndose a aquellas que ansiábamos recordar. Pero, a medida que nos acercábamos, cuando ya estábamos a punto de tocar las facciones de esos espectros que iban adquiriendo rasgos familiares, añorados, y el corazón endurecido a golpes, emparchado, rejuvenecía y se aprestaba a desprendérsenos del cuerpo para implantarse en el de ese otro que fuimos, allá lejos y hace tiempo, el simulador se detenía y todo se volvía espeso y cotidiano. Con desazón comprobábamos que nuestro utópico viaje había terminado y la fila para comprar otro boleto era interminable. Debíamos esperar un año entero. El próximo noviembre nos volvería a reunir. Un poco más viejos, quizá algo más sensibileros. Lloraríamos abrazados cantando la Canción del Adiós, recordaríamos a los mismos profesores, Juanjo repetiría las mismas bromas que el gordo Aristarain seguiría creyendo, cándida, eternamente. Pero en vez de acercarnos al ansiado objetivo nos volveríamos a alejar. El intento, ridículo, inútil, nos obsesionaba. Como una ordalía que debíamos superar para sentirnos vivos, nos obstinábamos en demostrar el teorema que nos permitiría perseguir el resto de nuestros días la zanahoria quimérica con la sonrisa idiota del Golem babeándonos los labios, recitando la tesis: “es posible regresar al pasado.” Pero la lámina que nos separaba de él era tan delgada como impenetrable.

Esa noche no tuve que esforzarme para comprender el concepto de “límite” que en la paradoja de Aquiles y la tortuga o en los libros de Análisis Matemático se volvía infernalmente

inexpugnable. Las definiciones complejas y tediosas de Rey Pastor en su tratado, el ocho apaisado símbolo de infinito y la flecha debajo expresando el concepto de “tender a”, todo, todo ello lo pude comprender y asimilar de un solo pantallazo. La meta estaba cada vez más cerca, pero cuando ya la sentía asequible, cuando percibía que estaba ahí, al alcance de mi mano, que no tenía más que estirar apenas los dedos para tocarla, el punto, el objetivo, se volvía a distanciar, coqueteando con nuestra ingenuidad, desafiándonos a un nuevo intento eterno e inútil, como el castigo de Sísifo.

Uno de los fantasmas sobrevoló la mesa: Longo. Alguien deslizó en voz baja y grave, componiendo un afligido gesto de circunstancia, que había fallecido unos años atrás. Un silencio frío nos sacudió. Enmudecidos nos miramos, buscando en los ojos del otro alguna respuesta. Pero el recogimiento duró apenas un breve instante y no fue obstáculo para que la película se rebobinara, salteando la desgracia, y se dispusiera frente a la lente lista para ser proyectada a partir del entorno de la escuela.

Juanjo, ¡cuándo no!, lanzó por centésima vez la afirmación en tono de pregunta: —¿Recuerdan cuando el Negro (así me apodaban entonces) encerró al enano Longo en el armario de la sala de mapas?

En medio de las carcajadas, de las risas hechas llanto en ojos que parecían a punto de reventar, de borrachos retorciéndose abrazados unos a otros mirándome y señalándome como el autor de una proeza, negué rotundamente y por enésima vez el episodio. Aunque no recordaba que realmente hubiera sucedido sentí vergüenza de haber sido capaz de someter a alguien a tremenda humillación. Es probable, también, que la hondura del remordimiento proviniera de una anécdota, a la que le adjudiqué ribetes emocionalmente trágicos, que los demás desconocían. Ese hecho, ocurrido un par de años después de abandonar el Nacional, tuvo el sabor amargo de una lección, una deuda que Longo, con justificado rencor, se cobraba, cargándole sin arrepentimiento intereses usurarios por el tiempo transcurrido. Aún recordaba con nitidez el rictus de su cara, el esbozo de su sonrisa ladina que no se preocupaba por esconder los dientecitos marrones y casi inexistentes, y todas y cada una de las secuencias de la escena de mi crucifixión en la facultad. Aunque hubiera podido echar mano a ese resentimiento para amortiguar la culpa por desquitarme con un muerto, no sólo

evité sumarme a la crueldad con que gozaban de la burla, que Juanjo disfrazaba con la inocencia de una anécdota jocosa y lejana, sino que en ese mismo instante comprendí y hasta justifiqué la actitud de Longo para conmigo.

Quizá no debía darle demasiada importancia. Tal vez fuera otra maniobra más de Juanjo que seguía entreteniéndose, como en la escuela, endilgándole a los demás cosas que él perpetraba o incentivaba. Esa especulación me motivó a otra: comparé a cada uno de los que tenía a mi lado con la imagen que recordaba de ellos adolescentes.

La mayoría conservábamos, a pesar de los años, y de las distintas miserias o fortunas, rasgos que nos remitían a esa hermosa época. A veces era una sonrisa pícaro, un movimiento cansino o la inflexión al hablar. Los roles que cada uno se afanaba en representar no habían variado sustancialmente: Juanjo simbolizaba lo mordaz; el Laucha, la erudición meditativa; en Nito rememoraba a aquel comediante nato; en el Ruso, al planificador meticuloso.

Yo me descubrí a través de sus comentarios. Me costaba creer lo que contaban de mí. Quizá no fuera tan terrible pero había corrido tanta agua bajo el puente de mi vida que dudaba haber sido el autor de esos desatinos. A través de los relatos empecé a reconocerme en ciertos rasgos que me resultaban familiares. Es cierto, era un bromista espontáneo. Tal vez por eso no recuerde la mayoría de las fechorías que me endilgan.

Quien más se asemeja al que pudo ser es Juanjo. Su rostro sigue siendo adolescente, su físico es casi el mismo, y la inveterada costumbre de caricaturizar grotescamente a los demás como medio insustituible de sus bromas, también. Evidentemente es una coraza que se ha fabricado para esconder su drama. “Eso es historia, viejo. Me divorcié.”, dice secamente cuando le preguntan por Alicia. Y rápidamente cambia de tema. Ahora recuerdo que era él quien más se ensañaba con Longo. Pero siempre tuvo una habilidad especial para tirar la piedra y esconder la mano.

El Laucha Cassini es funcionario de un Banco importante y vive alimentando la esperanza de una buena jubilación. Su modo de relatar anécdotas denuncia una meticulosidad de arquitecto que ya se vislumbraba cuando construía complejos mecanismos para copiarse en las pruebas utilizando

bobinas vacías de hilo de coser, escarbadientes y un trozo de alambre. Armaba todo debajo del pupitre. Enrollaba el resumen de la lección en el canuto de la bobina, como una película, la situaba debajo del inútil boquete para el tintero y giraba el mecanismo. Entonces, el texto se presentaba por el agujero de la tabla, incitante, como una mujer desnuda espiada por el ojo de una cerradura, pronto para cumplir su finalidad. Transmite paz, el Laucha. A veces, cuando nuestras conversaciones rozan los temas íntimos, trata de escabullirse con elegancia. Pero sus cachetes siguen poniéndosele colorados.

La enumeración es tediosa. Podría seguir horas describiéndolos y amándolos. Pero la secundaria terminó y se llevó con ella un pedazo grande de mi vida, el más candoroso. Lo patético del recuerdo no radica en la evidencia ineluctable del paso del tiempo, sino en la triste comprobación tardía de la pérdida de la inocencia; el trastrocamiento de aquella mirada cándida y directa en otra más calculadora y retorcida. Eran otros tiempos. Nuestro universo era un planeta aislado que giraba en torno a esa Escuela. Al sonar el timbre de salida el movimiento se detenía, congelándolo en la órbita, para reanudar su infatigable rutina a la mañana siguiente.

Poco a poco los rumbos que cada uno había elegido, o que se nos presentaron y tomamos sin pensar, se fueron separando, como las ramas del viejo tronco. Algunos nos mantuvimos en contacto por cierto tiempo. Al final dejamos de vernos. Entonces, gracias a la perseverancia del Laucha, los más “representativos” tenemos nuestro encuentro anual. Este piadoso eufemismo que alimenta nuestro engaño tiene su justificación, pues de ese modo disimulamos la deserción de los otros, la mayoría, los que no se conmueven con el recuerdo o quizá, más sabios, prefieran no desempolvar el álbum de fotos de la secundaria arrumbado en el fondo de algún ropero.

Pero debo volver a quien dio origen a este relato. En realidad ni siquiera a él, sino al episodio de la Facultad que, inconscientemente, relaté en la cena, como un acto reflejo que descubrió esa manía masoquista que se me ha hecho carne: recordarlo para flagelarme.

Omití mencionar que Longo era un pésimo alumno. Quizá por esos tiempos su débil organismo conspiraba contra el desarrollo de su inteligencia o el pobre no encontraba suficiente motivación para mejorarla. Su boletín evidenciaba el capricho morboso de los profesores que insistían en

anotar las malas calificaciones con tinta roja. Por el contrario, las mías, sin ser excelentes, denotaban la bondad imperturbable del azul. Por entonces yo había adquirido una especial habilidad para aprehender conceptos con economía de recursos. Lamentablemente muy tarde comprendí que había sobrevalorado mi capacidad. Yo creía que en la universidad la cosa sería “pan comido”. De haber sido más cauteloso, si al menos hubiera sospechado que mis logros eran menos fruto de mis aptitudes que de las fallas de un caduco sistema de enseñanza, la caída no habría sido tan violenta.

Curiosamente no fue Juanjo el que me indujo a contar el episodio. No importa quien haya sido, el caso es que cuando empecé a narrar los hechos un silencio filoso, brutal, inmovilizó voces y copas. Aturdido, inmerso en esa atmósfera enrarecida, podía escuchar mi voz, extraña para mí, desconcertante para ellos que esperaban ansiosos la anécdota graciosa, el episodio grotesco que los hiciera explotar en carcajadas. A medida que avanzaba en el relato sus rostros iban tornándose sombríos, sus miradas esquivas se perdían entre el laberinto de copas, botellas y ceniceros colmados, sus dedos inquietos fabricaban pliegues en el mantel.

Había sucedido una pálida tarde de abril, en un examen parcial de Análisis Matemático, en la facultad de Ingeniería. El empeño de un puñado de atrevidos o sabelotodos, dispersos en el magnífico recinto, no alcanzaba a mitigar el brutal testimonio de la multitud de butacas vacías que justificaban con su mudez la ausencia de los temerosos. Esta circunstancia y el silencio cruzado por susurros le otorgaban al entorno una connotación aún más patética. Faltaban apenas unos minutos para el comienzo de la prueba. No sé qué me mantenía en el aula. Un nudo en el estómago, fiel termómetro de mis angustias, me anticipaba el inminente fracaso. Por los ventanales que dan al Paseo Colón trataba de distraerme observando a las parejas que paseaban su despreocupación por la Avenida. Otras charlaban animadamente, recostadas sobre el césped que bordea el Monumento al Trabajo. Todos los movimientos del exterior eran captados por mi atención, ávida de encontrar cualquier vía de escape, aunque fuera ilusoria.

De pronto, como una premonitoria repetición de la escena de aquel primer día de clases, descubro a Longo, en la escalinata de acceso al pasillo central del aula, acarreado con dificultad

su desproporcionada cartera de cuero. Parpadeé un par de veces como desconfiando de que mi aturdimiento me hiciera ver fantasmas. Pero no eran visiones. No.

Longo se encaminó directamente hacia donde yo estaba, como si supiera de antemano que me iba a encontrar. Aún hoy me niego a aceptar como casual que eligiera sentarse a mi lado. Al acercarse, comprobé que seguía tan pequeño como antes, quizá algo más encogido. Amagué levantarme para saludarlo, olvidado por completo de aquellas travesuras del secundario, y verdaderamente contento por el reencuentro con un antiguo compañero en ese ámbito egoísta y hostil. Me saludó con cortesía e inocultable frialdad, y sonrió con una suficiencia que no alcancé a comprender. Sin hablarme, ni hacer ningún comentario o preguntar por mi vida, como era lógico y natural pues habían pasado algunos años desde nuestro último desencuentro en el Nacional (habíamos sido compañeros de clase hasta el tercer año), se acomodó en el banco de mi derecha y comenzó a desplegar en el pupitre sus útiles de trabajo. Estaba tan sereno e imperturbable que por un momento pensé que su enfermedad (nunca supe qué rayos tenía; si realmente era una enfermedad o un estado) ya le había atacado el cerebro: ese examen era crucial y uno de los filtros que obligaba a desertar tempranamente a la mayoría de los aspirantes a ingenieros.

Cuando el ayudante de la cátedra repartió las hojas con los temas impresos y le eché un vistazo a la mía, la resignación, que se me había presentado como una amenaza, se transformó en brutal certidumbre: era el fin de mi aventura universitaria.

Por unos momentos, como si la perseverancia en la práctica de ingeniosos métodos para copiarnos en los exámenes escritos (o en los circunloquios banales a que echábamos mano cuando pasábamos al frente a dar la lección ganando tiempo mientras esperábamos que nos soplaran una pista) hubieran acostumbrado al espíritu a alimentar absurdas esperanza, mis ojos hurgaron entre las malintencionadas preguntas tratando de encontrar alguna de fácil resolución. Después vería.

Revitalicé mi ánimo, alentándolo a no desertar, como cuando resolvía intrincados crucigramas y elegía las preguntas más asequibles. Algunos esporádicos aciertos, una que otra letra de las respuestas correctas me proporcionaban el acceso a las difíciles, por intuición o tanteo. Pero, lamentablemente, no eran palabras cruzadas. Entonces me derrumbé.



Pasé la mitad de la hora que duraba la prueba con la mente hecha un trapo de piso, garabateando pirámides y cuadrados en una esquina de la hoja, brutal, brutalmente blanca. Entonces, como si el instinto de supervivencia me hubiera iluminado, recuerdo que sonreí y pensé “¡Qué tonto! ¿Cómo no había reparado que ese viejo compañero, honrando el código de honor de la hermandad estudiantil, aunque no hubiéramos sido verdaderos amigos, me rescataría del naufragio?”

Alivianado del peso de los absurdos temores miré hacia su lado. Advertí que escribía parado frente al pupitre, encorvado sobre su papel, cubriéndolo con el brazo (después comprendí que lo resguardaba de mí). A pesar de la muralla protectora, pude comprobar que ya había contestado casi todo el cuestionario. Me agazapé para acercarme y susurré su nombre. Quizá lo hice muy débilmente, pues no dio señales. Espié para ver si el ayudante estaba cerca, pero por fortuna charlaba con el titular de la cátedra sobre algo que los mantenía ocupados. Entonces me animé y le pedí a Longo que me soplara unas respuestas.

Fue un instante, casi una ráfaga. Sin hablar, sin que su rostro reflejara un gesto descomedido, me miró de soslayo, como dosificando su desprecio. Después, sonrió, con los labios apretados, volvió su mirada al papel y continuó escribiendo. Pasados unos minutos se levantó para entregar su prueba. Lo vi irse, empequeñeciéndose, por el pasillo arrastrando el inveterado portafolios. Saludó al profesor y antes de cruzar la puerta miró hacia mi lado. Me pareció adivinar en su leve cabeceo una despedida. Nunca más lo volví a ver.

No hizo falta ninguna recriminación, ni sermones sobre las vueltas de la vida, ni estúpidas moralejas. No. Simplemente una sonrisa. Como si a través de ella paladeara más a gusto la venganza que, él sabía, fatalmente habría de llegar.

Cuando terminé mi relato, el silencio, que antes era un manto neblinoso acechando mis palabras, se descargó sobre la mesa con la impiedad de una penitencia. Con idéntica repercusión que una escupida en el mar, alguien intentó cambiar el clima comentando algo sobre el inminente clásico River-Boca que se jugaba al otro día. Oportuno, el Laucha pidió la cuenta.

Nos despedimos en la puerta. Los tímidos abrazos enmudecieron las inútiles y vacías promesas que nos hacíamos a la salida de cada reunión, cuando la ilusión de recuperar la inocencia perdida, de rascar bajo la costra de los años y la rutina para redescubrir a aquellos adolescentes lejanos, renovaba la esperanza del próximo encuentro.

La noche fresca y perfumada de Barracas se poblaba de nubes que lentamente iban cubriendo la negrura del cielo. Quizá haya sido mi imaginación, pero creí ver que, sentado en el borde de una nubecita pequeña, tan reducida que no alcanzaba a cubrir sus zapatos infantiles, Longo nos observaba sonriendo, como si aquella sonrisa despectiva que me había dedicado en la facultad esa noche la extendiera al conjunto.

Habíamos fracasado en el intento. No era sólo que la boletería había cerrado obligándonos a esperar hasta el próximo noviembre. No. El parque de diversiones se había clausurado. Definitivamente. Las artimañas a que habíamos echado mano con la ingenua esperanza de revivir tiempos de antaño no habían resultado, ni podíamos deformar la realidad a nuestro antojo. Ella, cruel y obstinada, emergía, como traída por la sonrisa burlona de Longo desde el más allá.

Hubo una época en la que me sentí acorralado por el recuerdo. A través del espejo retrovisor del taxi estudiaba el rostro de cada pasajero y lenta, gradualmente, lo iba deformando hasta instalarle dientecitos de tiburón, rictus sarcásticos, peinados a la gomina. Viví perseguido por su espectro. Cuando me detenía ante cada semáforo, Longo se me aparecía entre los niños que cruzaban de la mano de su madre por la senda peatonal y apartándose del grupo me señalaba con el índice acusador. Hubo un tiempo, también, en el que me ví como un penitente que buscaba purgar su culpa asediado por el recuerdo de una lección de vida.

Hoy creo, sinceramente, que no debo reconocerle nada. Es más, estoy convencido de la perversidad de los enanos, montón de resabios apretados en un cuerpo amarrete, resorte tensado hasta el límite a la espera del momento propicio para descargar su rencor. Tal vez lo único que deba agradecerle a Longo es que, sin proponérselo, me liberó de culpa y de futuras demandas judiciales por derrumbes de puentes o edificios, que mi falta de afición por la Ingeniería seguramente habría

causado, y rescató de los escombros de mi fracaso esta vocación que de otro modo hubiera quedado trunca.

No me imagino con un casco de plástico amarillo en la cabeza, calzando zapatones de goma y sacos con cuero en los codos.

Soy feliz en mi taxi, conversando con la gente, pues si uno es atento y sabe escuchar, se aprende un montón.

## BATALLA A CONTRACORRIENTE

El rol del periodista hoy en día es muy complejo, ya que debe ser un observador y un crítico a la vez, un cronista y un analista, un narrador y un investigador. En un mundo tan complejo y cambiante, el periodista debe ser capaz de entender y explicar lo que sucede a su alrededor. Esto requiere una gran capacidad de observación y una gran habilidad para comunicarse. El periodista debe ser capaz de encontrar historias interesantes y de contarlas de una manera que sea atractiva para el lector. Además, el periodista debe ser capaz de investigar y de encontrar fuentes de información confiables. En un mundo donde la información es tan abundante como nunca, el periodista debe ser capaz de filtrar la información y de encontrar lo que realmente importa. El rol del periodista hoy en día es, por lo tanto, un rol muy complejo y muy importante.

Algunos periodistas hoy en día se han convertido en meros cronistas, otros en meros analistas, y otros en meros narradores. Pero los mejores periodistas son aquellos que son capaces de hacer todo esto a la vez. Son aquellos que son capaces de encontrar historias interesantes y de contarlas de una manera que sea atractiva para el lector. Son aquellos que son capaces de investigar y de encontrar fuentes de información confiables. Son aquellos que son capaces de filtrar la información y de encontrar lo que realmente importa. Son aquellos que son capaces de hacer todo esto a la vez.